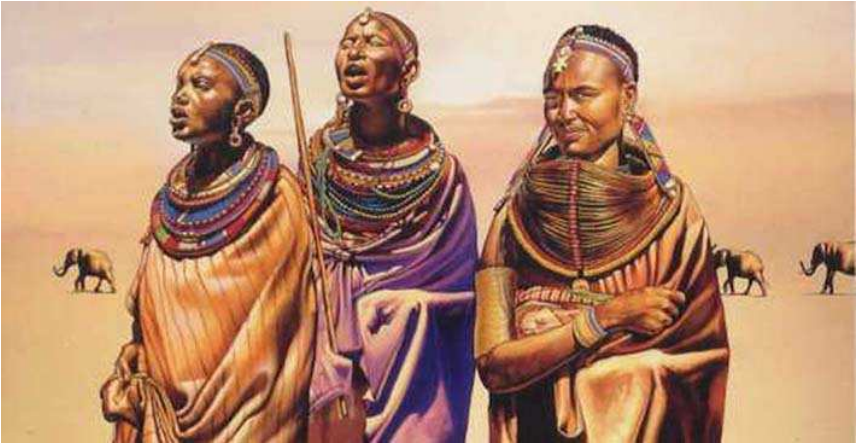


Buscando el rumbo (1)

(La propiedad social versus la propiedad capitalista.)



Introducción

En periodos de aguda crisis social como el actual, cuando se tambalean y agrietan todos los lazos que en el pasado conformaron el pensamiento y el comportamiento del conjunto de la sociedad, nos sumergimos en unos momentos de incertidumbre y de oscuridad. Nos encontramos en un laberinto que parece no tener salida. Los investigadores de la Ciencia (biólogos, químicos, genetistas, matemáticos...) , mucho más que los sociólogos o políticos, son sabedores que en estas situaciones de oscuridad e incertidumbre ya no sirven las antiguas recetas del pasado, que los análisis devienen contradictorios e insuficientes, que las herramientas son ya inadecuadas y que otras nuevas conjeturas necesitan abrir forzosamente nuevos campos de investigación, nuevas maneras para contrastar y verificar los resultados de la búsqueda que si bien están a la vista no se pueden llegar a explicarse con claridad. Dejar en la cuneta los dogmas establecidos y poner en crisis los importantes trabajos de anteriores hombres en cuyo saber apoyamos los grandes avances de nuestra sociedad es una labor que solo algunos se atreven a emprender.

Este camino buscador que es el común denominador de lo que repetidamente he venido llamando sociedad constructora (más aún en los momentos en los que el método científico se adueña cada día con más fuerza en todos los campos de la vida y del quehacer del hombre social) no lo es en el ámbito de la sociología, de la política, de la filosofía o de la economía. El camino buscador en estas esferas está obstruido y anquilosado. Adoradores o detractores de los grandes pensadores, filósofos o economistas de nuestro

pasado no se separan en realidad un milímetro de ellos, de sus teorías, de sus respuestas o de sus conjeturas aún cuando éstas se demuestren cada día más insuficientes. Se sigue dando mil vueltas sobre los trabajos de Marx, de Keynes, de Malthus, de Kant, de Nietzsche, de Smith, de Ricardo o de Schumpeter... y hasta algunos nos devuelven a las cavernas de Platón, sin que se acierte a profundizar en la crítica radical de sus concepciones y sin que se consiga configurar nuevas aportaciones que las sustituyan. La escuela de Frankfurt se quedó sin continuadores. Para algunos todo esto sirve para reafirmar que estamos llegando al fin de las ideologías, al fin de la filosofía, al fin de la economía o al fin de la política. Esto debe ser cierto, dicen, porque nada de lo anterior puede explicar ya los acontecimientos y las situaciones en los que la Humanidad está enfrentada en los principios del siglo XXI y porque ninguna de las respuestas anteriores parece servir ante la envergadura de los problemas actuales. Sin embargo, la mayoría de pensadores y analistas asienten que estamos inmersos en una grave crisis civilizatoria que tiene poco en común, por su envergadura y globalidad con los grandes cambios históricos anteriores.

Contrariamente, pienso que no estamos ante el fin de nada. Bien en una u otra dirección, la sociedad humana dará respuesta en todos los ámbitos de su quehacer a este periodo abierto de crisis social. Nuevos pensamientos filosóficos, económicos o políticos, nuevas concepciones sobre la moral, la ética o la dignidad de los hombres, nuevas leyes sociales... sustituirán a las actuales. Inevitablemente sobre otras bases se construirá un nuevo periodo histórico para la Humanidad. Un periodo fructífero para nuestra especie o quizás desastroso. Nada está escrito de antemano sobre ello.

El Tercer Reich y también la revolución rusa fueron intentos fracasados (con una gran determinación anticapitalista) de emprender un nuevo periodo histórico que fue dictatorial y fascista. El Imperio de Bush es un nuevo intento de reabrir este camino.

Solamente una sencilla cuestión decantará en una u otra dirección este futuro: La propiedad social o la propiedad capitalista de los recursos y de los medios de producción. Y fundamentalmente la propiedad social o la propiedad capitalista del CONOCIMIENTO que se ha erigido gracias a la inmensa capacidad creadora de la sociedad humana, la mayor fuerza productiva de todos los tiempos capaz de revolucionar constante y favorablemente la vida y el bienestar de todos los pobladores de la Tierra.

Sobre esta cuestión y no sobre ninguna otra se construirá un nuevo periodo histórico para la Humanidad. Cerrar los ojos ante esta inevitable y abierta guerra entre la sociedad constructora y el poder parasitario y depredador es obviar el verdadero corazón del problema en discusión.

La cuestión de la propiedad.

No es extraño que sean los pensadores y economistas más cercanos al poder, como el peruano Hernando de Soto quien nos vuelva a poner sobre el tapete la cuestión de la propiedad. Ganador del premio Milton Friedman

concedido por el "laboratorio de ideas" más prestigioso y más cercano a los hombres que forman el equipo de Bush (el Instituto Cato) es un visitante asiduo de la Casa Blanca, de la ONU, de Putin, del foro de Davos o del de Porto Alegre. Ha sido alabado al unísono tanto por Reagan,



como por Margaret Thatcher o por Francis Fukuyama y bendecido por el propio Clinton como uno de los más influyentes economistas a favor de la reforma del capitalismo. Sus andaduras no tienen fronteras: en el Perú de Alan García, con Fujimori y con Toledo. En el Salvador, Egipto, Filipinas, Méjico, Etiopía, Pakistán, Nigeria...

Hernando de Soto es capaz de decir *que "El capitalismo es un club privado con derecho de admisión"* y solamente el acceso a la propiedad (la legalización del derecho a la propiedad) es el único recurso del que disponen los 5.000 millones de pobres para integrarse en el proceso globalizador. Para ello propone titularizar la propiedad de la tierra, de las casas, de las chabolas, de las favelas...

Es evidente que Hernando de Soto es un ferviente defensor de la propiedad. De la propiedad privada.

En el mundo capitalista desarrollado muchos ciudadanos son propietarios. De su vivienda, de su vehículo o de sus enseres personales. Los más favorecidos de varias viviendas, de varios vehículos o de numerosos enseres personales. En el mundo capitalista son menos numerosos los ciudadanos propietarios de medios de producción capaces de generar grandes procesos productivos creadores de mercaderías y de los medios para distribuirlos. También en el mundo capitalista son aún muchos menos los ciudadanos propietarios de la herramienta financiera (el dinero) capaz de hacer posible que el modo de producción capitalista continúe su andadura.

Desde el momento que una nueva forma de propiedad (la propiedad financiera) ha eclipsado y subordinado a otras antiguas formas de propiedad capitalista (la de los sectores productivos) podemos decir que un nuevo periodo en la esfera del poder ha empezado. Henry Ford se vanagloriaba que el proceso de capitalización de su emporium automovilístico no pasaba por las entidades bancarias. Esta situación hoy es impensable.

Solamente inmensas sumas de dinero son capaces de engendrar grandes proyectos de investigación científica y técnica, costosísimos proyectos militares y espaciales, minuciosas estrategias a medio y largo plazo para el expolio de recursos naturales, para construir redes de acueductos y

gaseoductos hasta los centros manufactureros, para emprender campañas militares de conquista, para reorganizar unos mercados y destruir a otros. Solamente desde el poder financiero se puede organizar hoy un poder mundial que abarque el mundo entero. Ninguna empresa por grande que sea es capaz de emprender una tarea de tal envergadura.

Estas enormes sumas de dinero no son meras monedas simbólicas que crecen o decrecen por ellas mismas. Son la forma común en que todas las mercancías se transforman como valor de cambio: es la mercancía universal que no puede separarse de la eterna búsqueda de la obtención de más beneficio. El Capital siempre debe rendir beneficio.

Las inversiones en proyectos guerreros, por ejemplo, deben rendir beneficios para el Capital. Recursos naturales, minerales, petrolíferos,... apropiados serán puestos en el mercado para seguir cumpliendo su función: dinero-mercancía-mercancía-dinero. Solamente cuando este círculo no puede realizarse es cuando son apartados de la circulación y son atesorados. La acumulación de tesoros ha sido siempre un objetivo del poder aún cuando su consecución haya podido paralizar por completo, durante largos periodos, el desarrollo de las sociedades. La opulencia y majestuosidad de castillos, fortalezas, iglesias, o palacios contrasta en muchas civilizaciones con el anquilosamiento de sus sociedades.

El capital financiero es la forma mas acabada de la propiedad capitalista. Son ingentes cantidades de medios de producción (capital humano, conocimientos y recursos) puestos al servicio del poder. Es el poder.

Diríamos pues, que estamos hablando de formas de propiedad distintas. La propiedad de la que habla Hernando de Soto es un tipo particular de propiedad que no incide absolutamente en nada en el modo de producción capitalista ni ha incidido nunca en nada en otros modos de producción anteriores en donde igualmente esta propiedad privada individual existió de una u otra manera. Propiedad privada y propiedad capitalista no tienen nada en común.

De lo que se olvida el señor Hernando es de otro tipo de propiedad privada enajenada desde el inicio de la formación de las sociedades depredadoras: la de fuerza del trabajo del propio ser humano, de su propia capacidad creadora y transformadora. Esta propiedad individual que la sociedad ha convertido en "capacidad social" le ha sido siempre enajenada. Ha estado obligado a venderla por comida y cobijo, por una pequeña parte de la cosecha, por un salario de subsistencia o por un par de dólares al día.

A pesar de todo la Humanidad puede vanagloriarse de haber vivido, trabajado y progresado en gran medida al margen de los sistemas sociales depredadores imperantes. Usted mismo corrobora que en los inicios del siglo XXI en pleno proceso globalizador el 60% de los ciudadanos rusos, por ejemplo, viven en la economía sumergida y en el tercer Mundo solamente un 20 a un 30% de la población está bajo el Imperio de la ley. Usted propone ofrecer la titularidad de la pequeña parcela de tierra, de la chabola, de la favela, de la tienda del refugiado... a los 5000 millones de desheredados de la Tierra para

que ellos puedan integrarse en el Imperio de la Ley. Usted es un genio merecedor de todos los premios del Instituto Cato.

Ni la propiedad de una pequeña parcela de tierra, ni la propiedad de viviendas o enseres, ni la propiedad de medios artesanales, ni el micro-crédito, ni el comercio justo integrarán a los desheredados en el mercado capitalista. Ninguna mercancía producida de tal manera tiene ya cabida en un mercado mundial cuya eficiencia tecnológica ha alcanzado límites extraordinarios y sin competencia alguna. Tales propiedades privadas, individuales o familiares, no inciden en nada en los procesos sociales. Son poco menos que maneras límite de subsistencia sin más esperanza y de dominación cultural.

Paradójicamente mientras los seres humanos estamos siendo expoliados por completo de nuestro Patrimonio Común (de lo que es nuestra propiedad social) se nos asustar por no "perder" nuestra pequeña propiedad privada individual que está en la mayoría de los casos secuestrada por alguna entidad bancaria o a la intemperie de los altibajos de un sistema monetario que funciona al margen de cualquier ley científica. Es ridículo que los prestigiosos intelectuales del poder sitúen en el "ganar" o en el "no perder" nuestra propiedad individual como la cuestión fundamental para la supervivencia o para la reforma del sistema capitalista.

La pregunta que Hernando de Soto no es capaz de afrontar ni explicar es porqué millones de desheredados no tienen ni pueden tener cabida como "asalariados del Capital" que en definitiva ha sido la forma integradora natural de las sociedades capitalistas desarrolladas hasta ahora. Idéntica pregunta se la hice a Jeremy Rifkin ante su propuesta de creación de un cuarto sector que debería nutrirse de los inevitables desplazados (rechazados) del sector agrícola, del manufacturero o de los servicios.

Ni uno ni otro son capaces de responder a la pregunta. Curiosamente uno y otro no proponen soluciones nada novedosas históricamente. En el Imperio romano la aristocracia usurpadora de las tierras convirtió a los agricultores en ciudadanos romanos que mantuvo con limosnas y subsidios (también con pan y circo) mientras masas de esclavos desarrollaban la producción agrícola. En el Imperio Colonial se expoliaban todos los recursos y riquezas que los almacenes romanos necesitaban dejando a sus poblaciones en los límites de subsistencia para evitar revueltas y sublevaciones. Esta situación no aguantó los envites de la Historia y el Imperio Romano se derrumbó.

Probablemente K. Marx hoy pondría en cuestión y desarrollaría mucho más extensamente sus valiosos trabajos de investigación ante la misma pregunta y por supuesto que ello le llevaría a rectificar sus pensamientos políticos. Para él de ninguna manera puede entenderse la función acumulativa del Capital sin el trabajo asalariado. Ni el desarrollo capitalista sin la propiedad privada de unos medios de producción tecnológicamente mucho más avanzados que los serviles. Tras un molino de viento, decía, encontrareis relaciones serviles. Tras una central eléctrica hidráulica, solo pueden desarrollarse relaciones asalariadas.

El análisis del proceso capitalista de los siglos pasados parecería corroborar su teoría. El nacimiento del mundo industrial es inseparable de las grandes transformaciones agrícolas, de las innovaciones tecnológicas, de las mecanizaciones manufactureras, de la expansión del transporte, de la utilización de nuevas fuentes energéticas y de los grandes cambios en las formas de trabajo. También de la aparición de un sector social apropiador de todos estos nuevos medios de producción y comprador de la fuerza de trabajo humana (primero artesanal y luego cada vez más especializada) a cambio de un salario. Pero la condición asalariada en las primeras etapas del desarrollo de las sociedades capitalistas fue sumamente precaria. El obrero fue sometido al ritmo frenético de las máquinas y a la durísima disciplina laboral con larguísimas jornadas de trabajo en condiciones precarias. Hombres, mujeres y niños trabajaban con salarios escasos y vivían hacinados en los suburbios de las grandes capitales. Numerosos documentos escritos dan muestra de las terribles condiciones de la vida obrera en el mundo occidental. El trabajo asalariado no era más que un trabajo forzado a cambio de un salario de subsistencia en nada parecido a lo que fue más tarde en las desarrolladas sociedades occidentales.

Esta feroz explotación del trabajo humano enriqueció a los sectores expoliadores que acumularon grandes cantidades de mercancías muy pronto necesitadas de mercados mucho más extensos. Los salarios de subsistencia no bastaban para vaciar los almacenes repletos de mercancías. Marx sabe que solo la lucha asociada de los trabajadores conseguirá detener la inevitable tendencia a la baja de los salarios y así lo escribe en el Manifiesto: *"Los intereses y las condiciones de existencia en el seno del proletariado se nivelan más y más en la medida que la maquinaria va borrando las diferencias del trabajo, y reduce en general el salario a un mismo nivel de mediocridad. La competencia creciente entre los propios burgueses y las crisis comerciales que resultan de ella hacen que el salario de los trabajadores sea cada vez más inestable; el perfeccionamiento constante y cada vez más rápido de la maquinaria hace que la condición del obrero sea cada vez más precaria..."*

Desde el momento que la sociedad es capaz de disponer de herramientas más eficaces para transformar los recursos de la naturaleza (de aplicar nuevos conocimientos científicos) siempre se alcanzaron unos resultados que anteriormente eran impensables y se abrieron periodos de lucha social por la apropiación de estos medios (y por el reparto de los beneficios) . Los grandes descubrimientos de las primeras revoluciones industriales dejaron boquiabiertos a los ciudadanos



que vieron esperanzados un futuro prometedor. Muy pronto se llenaron a rebosar los almacenes a la par que la miseria y las carencias se adueñaban en los sectores trabajadores. Crisis de sobreproducción y miseria fueron de la mano.

Solamente en las sociedades en donde la burguesía cedió por la lucha de los trabajadores mejores condiciones salariales y laborales se cumplió en parte la lógica capitalista: la ley dinero-mercancía-mercancía-dinero. Trabajo asalariado y Capital fueron los motores de una gran desarrollo de las fuerzas productivas en donde la ley del valor (todo se compra, todo se vende y nada existe si no puede ser comprado o vendido) se podía cumplir aún bajo la eterna espada de Damocles de los ciclos expansivos o recesivos. Solamente en este periodo se cumplió la función acumulativa del Capital en base al trabajo en su forma asalariada. Solamente en este periodo podemos decir estrictamente que el modo de producción capitalista y trabajo asalariado fueron inseparables. Ingentes legiones de trabajadores fueron empujados al trabajo en cadena en enormes fabricas...

Pero un modo de producción no viene determinado por la forma específica de retribución del trabajo, ni por la precariedad de éste, ni por los aspectos concretos de la explotación de la fuerza de trabajo humana. Si los capitalistas compraron la fuerza del trabajo a cambio de un salario (una moneda de cambio), y por tal motivo los analistas y estudiosos lo definieron como "trabajo asalariado", lo fue porque el dinero se estaba convirtiendo en la mercancía universal de cambio como no lo había sido tan generalizadamente hasta entonces. La moneda, los pagarés, las letras de cambio, etc. ya habían sido creados por civilizaciones muy antiguas, como la persa, aunque otro tipo de medidas de intercambio eran, hasta el desarrollo del capitalismo, las más habitualmente utilizadas (trigo, oro, marfil, sal, etc.).

El modo de producción capitalista no habría cambiado en nada si la retribución del trabajo se hubiera dado con otro tipo de medidas para el intercambio (alimentos, enseres, parte de la producción o un par de dólares al día). Se hizo con dinero por ser esta, una mercancía de intercambio inmensamente más rápida y eficaz que las anteriores. Actualmente el plástico, pronto la arrinconará a la prehistoria.

Lo que define realmente un modo de producción es la forma de producir. Son los medios, las herramientas, los conocimientos aplicados que se usan para producir. Su carácter es simplemente técnico.

Lo que además define un modo de producción es el carácter privado (individual, de grupo o de un conjunto de grupos) o social de los medios de producción. Esto es lo único que determinará los objetivos y la dirección de la producción: que sean privados o sociales. Su carácter es eminentemente político (de poder).

En el largo periodo conocido de nuestra historia ha sido la apropiación privada de los medios de producción y no la forma concreta de explotación y retribución de la fuerza de trabajo humana la que ha definido en realidad su carácter depredador. En cualquier etapa tecnológica de nuestra andadura, en cualquier modo específico de producción (que podríamos acotar en etapas en

donde se dieron grandes saltos cualitativos en el conocimiento aplicado) no ha estado nunca escrito de antemano que la propiedad social de los medios de producción tuviera forzosamente perdida la batalla frente a la apropiación privada. Se puede constatar que mil veces se rebelaron los esclavos, los plebeyos, los campesinos, los siervos de la gleba, los artesanos, los trabajadores... en contra de aristócratas, césares, reyes, señores feudales, patronos o capitalistas. Y mil veces nos rebelaremos los ciudadanos.

Josep (junio de 2004)